

Netanyahu o más de lo mismo

Carlos LARRÍNAGA
Historiador

Los dos grandes rivales de las elecciones a primer ministro del pasado 9 de abril en Israel, Netanyahu y Gantz, han empatado a escaños, si bien es el primero el que finalmente podrá constituir un gabinete. Será la cuarta vez de manera consecutiva y la quinta en total, convirtiéndose así en el dirigente que más tiempo ha ostentado el cargo en este joven país, superando al mismísimo Ben Gurión. Y cuenta con estas probabilidades de seguir al frente del ejecutivo debido a que sus “aliados naturales” son más numerosos que los de Gantz. Es decir, esos pequeños partidos ultranacionalistas, ortodoxos y antiárabes que controlan parte del espectro político israelí están más próximos a Netanyahu que a Gantz. Éste tiene menos “aliados naturales”, conformándose con los partidos de izquierda, como el Meretz o el Laborista. Este último acuciado por la debacle, al haber pasado de 24 a 6 representantes, es decir, a la insignificancia política. Y es que, como recordaba el historiador israelí Shlomo Ben Ami al día siguiente de los comicios, una formación que fue clave en la construcción del Estado de Israel prácticamente ha desaparecido. Lejos queda el sueño de aquellos idealistas, de inspiración utópica, que se instalaron allí con el objetivo de materializar comunidades alternativas al capitalismo e inspiradas por el socialismo, fundando los primeros kibutzin (plural de kibutz). Al presente éstos existen nominalmente, pero nada tienen que ver con aquellos a los que en su juventud acudieron intelectuales judíos de todo el mundo (Tony Judd o Noam Chomsky, entre otros) para vivir una experiencia diferente. Actualmente unos cuantos se han convertido en mera atracción turística con restaurantes e incluso tiendas con souvenirs para los visitantes. Toda una metáfora de la transformación de Israel en estas décadas.

Pero si algo podemos decir de estas votaciones es la notable abstención (33%). Esto era algo previsible en la minoría árabe, el 20% de la población. Al fin y al cabo, no pocos están en desacuerdo con legitimar un sistema político de apartheid que les margina y donde sus derechos y deberes constitucionales no están plenamente reconocidos. La idea de definir Israel como un Estado judío no sólo aumenta su marginación, sino que también ataca al concepto de ciudadanía, bóveda de toda democracia que se precie. Asimismo, ha podido influir en esta baja participación el hecho de que las fuerzas árabes no se presentasen en una sola candidatura, restándoles posibilidades. No obstante, llama la atención la abstención de los habitantes judíos, algo que indica que una buena parte de ellos están sumamente descontentos con la política vigente. Es verdad que las cifras macroeconómicas van bien, pero a nivel micro las cosas son diferentes, con una clase media bastante apurada. Ante unos candidatos que se han olvidado de estos problemas reales, cabe que muchos hayan decidido quedarse en casa.

Descontando a quienes no se han acercado a las urnas, otro dato preocupante es la división de la sociedad israelí en dos bloques. El encabezado por el Likud y Netanyahu, escorado progresivamente a la extrema derecha. Y otro de centro-izquierda. En este punto los mensajes previos al 9 de abril han sido muy duros por parte del premier, calificando al general Gantz de izquierdista y que se vería obligado a gobernar con los partidos árabes. Lo primero es simplemente mentira, pues Gantz de hombre de izquierdas no tiene nada. Quizás de centro y siendo generoso. La alusión a los palestinos apunta nuevamente al expediente étnico-religioso por encima del expediente ciudadano. Y ése es uno de los grandes problemas de la democracia israelí. Lo decía el

propio Ben Ami, que fue ministro de Asuntos Exteriores por el Partido Laborista. Ser de izquierdas ahora en Israel es poco menos que ser un traidor. ¡Hasta dónde ha llegado la radicalización! Es lo que ha conseguido Netanyahu con sus inestimables aliados en estos años. De ahí que este quinto cuatrienio va a ser una continuación de sus políticas con el agravante de que los extremistas le van a apretar las cuerdas por sus acusaciones de corrupción. Hasta tal punto que se rumorea que la nueva mayoría parlamentaria podría aprobar una ley para evitar que el primer ministro fuese imputado durante su mandato. Por eso es tan importante para él permanecer en el poder, ya que, si logra sacarla adelante, quedaría libre de momento.

Finalmente, nos queda hacer una reflexión sobre otro tema ausente en la campaña: la solución de la cuestión palestina. Ausente porque a Netanyahu no le interesa un acuerdo efectivo, sino anexionarse parte de Cisjordania, como ha dicho, y luego toda ella; y porque para el centro izquierda era un tema que le incomodaba y le podía restar votos, pensando precisamente en esa “traición a la patria” recién mencionada. Con este resultado, son los palestinos los grandes damnificados, puesto que Netanyahu no dudará en hacer las concesiones que sean necesarias a los ultranacionalistas. Sobre todo, al tener el respaldo de Donald Trump. De hecho, acaso en breve podamos ver el tan cacareado plan que está preparando su yerno, el judío ortodoxo Jared Kushner, que, en realidad, no va a servir para nada, al estar pensado únicamente para satisfacer los intereses de Israel. Ha llegado, por tanto, la hora de que otros actores (la Unión Europea y el eje Turquía-Rusia-China) muevan ficha si realmente quieren arreglar el último gran problema derivado del colonialismo del XIX y de la Segunda Guerra Mundial. Si no, más de lo mismo.

11 de abril de 2019